



La carta del GETEM

Número 1. Mayo de 2019

¿Ante una nueva bifurcación?

José Manuel García de la Cruz. Universidad Autónoma de Madrid

El siempre recordado José Luis Sampedro acudió a la imagen de un inglés de los últimos años del siglo XIX sentado en su sillón de orejas y leyendo el *Times* como expresión de la indolencia británica ante el que iba a ser inminente derrumbe de su imperio. Pues bien, podría decirse que, en la actualidad, estamos ante una situación semejante, fortalecida, además, por el incesante bombardeo de noticias sobre noticias falsas, ahora denominadas *fake news*, para acompañarlas del morbo que siempre supone emplear una lengua extranjera.

Uno ha llegado a pensar que la principal y más exitosa *fake news* es el triunfo de la obsesión sobre las mismas que acompaña cualquier debate. La duda y la desconfianza se han extendido a todos los asuntos, también a los relacionados con la economía mundial, hasta el punto de que en un mundo en el que hay una alta coincidencia acerca de la importancia de la información ("sociedad informacional" la llamó Castels, ya en 1995) no deja de ser paradójico el hecho de que cuanto más creemos conocer, más dudas tenemos sobre si será cierto lo que creemos conocer, y no porque avancemos hacia la sabiduría socrática sino por la sensación de estar siendo manipulados.

Sirva este preámbulo a esta primera Carta del GETEM para advertir que todo lo que aquí, y en sucesivas cartas, se exponga, está sujeto a la provisionalidad y a los riesgos de manipulación de la información manejada, y que lo único que se ofrece es una honrada reflexión abierta al debate de amigos y colegas que compartimos una cierta inquietud por la deriva de nuestro presente hacia un futuro cargado de incertidumbres.

El título de esta primera Carta interroga, precisamente, sobre estas incertidumbres pero también afirma, como en toda coyuntura histórica, la existencia de alternativas, por tanto, es necesario identificar los problemas, los conflictos, las tendencias y las oportunidades que el futuro ofrece para trabajar por el mundo que se desea. En este sentido, es importante, señalar que las soluciones a los problemas más

acuciantes condicionarán las que se busquen para los de mayor alcance, lo que hace necesario incorporar éstos a las alternativas a las primeras.

Después de años de entender la globalización como final de la geografía, la actualidad está dominada por la emergencia de la geopolítica como nuevo corsé de las relaciones económicas internacionales. El conflicto comercial entre China y los Estados Unidos, el bloqueo económico a Irán o las diversas presiones sobre Venezuela, incluso las dificultades del Brexit, se pueden inscribir en la dinámica de cambios que la administración Trump trata de imponer en el escenario mundial. Apenas oscurecidos, aparecen otros problemas como los derivados de la incorporación de los EE.UU. al grupo de exportadores de petróleo y gas natural, los avances tecnológicos chinos en áreas consideradas de interés estratégico global, el desplome de la ilusión por el progreso de las clases medias, el elevado endeudamiento internacional, la incertidumbre generada por las aplicaciones tecnológicas sobre el futuro del empleo, etc. Y todo ello, en medio de las emergencias planteadas por los, cada vez más evidentes, efectos del cambio climático sobre la vida cotidiana de la gente que interpela sobre el modelo de crecimiento.

Habrà ocasión de abordar otros temas, pero para comenzar la serie de Cartas, me sumaré a la discusión sobre el conflicto entre los EE.UU. y China incorporando los demás temas cuando sea preciso y desde una visión europea por más personal que sea.

Es bien sabido que la administración Trump nunca ha ocultado su agenda *America first* que ya aparecía en el eslogan electoral "*Make America great again*", por lo que la supuesta sorpresa de su aplicación debiera de hacernos reflexionar sobre la valoración que desde otros lugares se hace de los programas electorales. Igualmente, la posición de China en el escenario mundial ha sido expuesta por los dirigentes chinos, incluido el presidente Xi Jinping, en todos los foros internacionales en los que ha invitado a la participación en el programa chino de "Nuevas rutas de la seda" o "Franja y Ruta" en expresión china. En otros términos, nada debiera ser motivo de sorpresa.

Lo nuevo, realmente, son las formas en las que ambos países tratan de lograr aliados a sus iniciativas y, para ello, han de redefinir sus propias relaciones bilaterales. Y es nuevo que la estrategia de los EE.UU. sea la de imponer sus intereses a los tradicionales socios europeos, rompiendo una tradición consolidada de cooperación que admite la hegemonía americana. Las barreras al empleo de tecnología estadounidense que las autoridades americanas consideran de "doble uso" o su oposición al Nord Stream o Gasoducto europeo del Norte que

abastecerá de gas ruso al norte europeo, principalmente a Alemania, con indudables repercusiones en el conflicto de Ucrania, o, muy claramente, el endurecimiento de las medidas arancelarias a las importaciones europeas, no se entienden en una Europa que ha hecho de la integración y de la superación de las barreras a la cooperación entre todos sus miembros el eje de su crecimiento económico y bienestar social.

Al contrario, la Unión Europea ve cómo China va ganando apoyos en su seno, como muestra su presencia en Portugal (puerto de Sines) Grecia (puerto de El Pireo), España (ruta ferroviaria Madrid-Pekín) o el compromiso de Italia con la Ruta, sumándose a los acuerdos que China ha logrado con países en desarrollo de todos los continentes (las estimaciones del valor de las inversiones comprometidas superan los 50.000 millones de euros). Hay que señalar que las Nuevas rutas de la seda incluyen carreteras, redes ferroviarias, puertos, aeropuertos e infraestructuras de transporte, pero igualmente normas y estándares propios, aduanas, tribunales, comercio electrónico y acceso a tecnología china con mayor ambición que los tratados económicos y comerciales de la Unión Europea.

La primera víctima del conflicto entre los EE.UU. y China está siendo la Organización Mundial de Comercio (OMC). No deja de sorprender que sean los EE.UU. quienes apoyaron la urgencia de la admisión de China en el organización multilateral sin considerar los temores de las economías en desarrollo sean ahora los que se revelen contra la competitividad de los productos chinos. Pero no es un asunto bilateral. La escalada de aranceles viola el principio de no discriminación entre socios de la OMC, al suspender la aplicación de la cláusula de nación más favorecida, piedra angular de la liberalización acordada del comercio internacional desde 1947. Tampoco lo acuerdos chinos alcanzan el grado de transparencia exigido por el mantenimiento de la confianza entre socios leales a unos principios compartidos. Solo una solución acordada entre China y los EE.UU. que sea aceptada por la OMC y sus Estados miembros puede salvar a la OMC de su defunción con el riesgo de sumir a las relaciones internacionales en un mundo de creciente desconfianza.

Pero hay otra víctima consecuencia de las dificultades del acuerdo: la lucha contra el cambio climático consecuencia de la moderación del crecimiento económico mundial. Como viene señalando el Fondo Monetario Internacional "la economía mundial está en un momento delicado". Las mejores expectativas no superan un crecimiento para la economía mundial superior al 3,5% anual para los próximos años (*World Economic Outlook* de primavera de 2019) considerado insuficiente para restablecer las condiciones previas a la crisis de

2007/8 pero que se hacen todavía más limitadas si se incluyen las necesidades exigidas por el cumplimiento de los Objetivos del Desarrollo Sostenible (ODS) comprometidos en 2015 y por la Acción por el Clima, aprobada en acuerdo de París en el mismo año, que precisan de ambiciosas inversiones (solo la Unión Europea prevé destinar el 20% del presupuesto común a este objetivo, el 0,2% del PIB a sumar los gastos de los países miembros), no solamente cuantitativas sino cualitativas, como es la transformación del modelo energético hacia fuentes renovables, y, más aún, del propio modo de producción y consumo hacia otro basado en el respeto a las exigencias de la sostenibilidad.

Por si fuera poco, el endeudamiento global alcanza al 225% del PIB mundial, debido sobre todo a la deuda contraída por las economías desarrolladas y también por China. En 2017 la deuda externa de los EE.UU. representó el 256% de su PIB y alcanzó los 19.485 mil millones de dólares de los que el 58,9% correspondía a deuda privada, pero en China la situación no era mucho mejor, su deuda externa era el 254% de su PIB, su valor era de 12.015 miles de millones de dólares y las empresas privadas eran responsables del 81,5% del total (datos de la *Global Debt Database*). Si a estas cifras se añaden las dificultades de incorporar nuevas figuras impositivas en un mundo incapaz de establecer una fiscalidad equitativa y homogénea a escala global, se comprende la envergadura financiera del reto climático.

Por tanto, estamos en un momento crucial en la definición de un nuevo mundo, con una reorganización del poder político y económico, también militar y, por supuesto, tecnológico, y, además, estamos huérfanos de instituciones reconocidas capaces de articular soluciones a los problemas actuales sin riesgo de agravar los problemas que nos acechan a medio plazo. Se hace preciso volver sobre los viejos temas que ocuparon la labor de los economistas: el valor de la producción, la productividad, la renta, el trabajo remunerado, los beneficios, el concepto de necesidad y, con ellos, del dinero, de los impuestos, del poder...

Keynes, refiriéndose a las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, dejó escrito en las Notas Finales de su *Teoría General*: "*Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera extraordinariamente en comparación con la invasión gradual de las ideas*".